

CUENTO N° 254

TÍTULO: POR LA ORILLA DEL MAR

SEUDÓNIMO: PITÁGORAS

AUTOR: JORGE MIGUEL FERRER DYVINETZ

Por la orilla del mar

Pitágoras

Una mañana preciosa, la brisa, el canto del mar y el cielo azul eran la danza perfecta de la simplicidad y el misterio, de la infinita inmensidad del Universo y la infinitesimal pequeñez mía. En un instante lo comprendí todo ¡Una hermosa epifanía!

De pronto vi un punto blanco que se movía sobre el mar, se acercaba y agrandaba. Estaba sobre una ola gigante y venía hacia mí. Era un surfista, un hombre delgado, con barba, pelo largo. Venía equilibrándose agachado y tomando su túnica blanca con las manos, no tenía tabla, surfeaba sobre sus pies. Lo reconozco, es el que camina sobre las aguas ¡Es el Maestro! ¡Era lo único que me faltaba para una mañana perfecta!

—Hola, qué tal, ¿cómo estás? — dijo, como si no ocurriera nada especial.

—Hola— respondí yo, con la misma naturalidad— No sabía que fuera surfista.

—Estoy recién aprendiendo. Vengo a esta playa a entrenar los martes y jueves de nueve y media a once y media, es la mejor hora en esta época — dijo, mientras se quitaba la túnica.

Quedó en una especie de traje de baño hasta la rodilla, al parecer de cuero, a los costados tenía las costuras en un trenzado. Me llamó la atención porque era muy bonito, un modelito que tendría mucho éxito. Se dio cuenta y me dijo *“Me lo hizo mi mamá”*. Y claro, seguramente las mujeres judías hacían ese tipo de cosas.

Estrujó la túnica y se secó el cuerpo, la volvió a estrujar y se la puso sobre los hombros.

—Bueno —me dijo— tú ibas caminando para allá, vamos, aprovecho de calentar un poco el cuerpo.

Y partimos.

—Justo recién fue Semana Santa y usted apareció en todos los canales de la tele

—le comenté.

—Me imagino.

—A mí lo que me gusta es lo anterior a la Pascua en Jerusalén. Su vida en su tierra, en Galilea. Sus enseñanzas.

—¡Qué recuerdos! La carpintería de mi papá.

—Bueno, usted también era carpintero, ¿le gustaba eso?

—Me encantaba. La carpintería es un oficio maravilloso. No sólo hay que tener habilidad manual, lo más importante es saber geometría. La geometría es algo realmente divino. Con los esenios estudié a Pitágoras, a Euclides, a Arquímedes y bueno, a los griegos en general.

—Sí, los griegos son fantásticos. Así que le gustaba la carpintería.

—Me gustaba mucho. Además, cuando era chico mi papá nos enseñaba a mí y a mi primo Juan.

—¿Juan Bautista?

—El mismo.

—Bonitos recuerdos. Y después cuando volvió, a los 30 años, predicó y enseñó y también hizo milagros.

—Bueno, no hay que exagerar tampoco. Se hace lo que se puede.

—Y ya que estamos en confianza, me atrevo a pedirle un favor especial.

—Dime.

—De todos los milagros que hizo usted, hay uno que me gustaría me lo enseñara, sólo ése.

—¿Cuál?

—Convertir el agua en vino.

Soltó una carcajada y estuvo un buen rato riéndose con ganas.

—Era una broma —le dije— sólo quería verlo reírse.

—¿Por qué dices eso?

—Porque acá lo tienen siempre crucificado. En todos los templos lo principal es el Cristo crucificado y sufriente, incluso el crucifijo es una joya que se lleva con una cadena colgando del cuello. Las pinturas y esculturas son trágicas. En resumen, nunca nadie lo ha visto reírse

—Mira, yo fui un hombre feliz. Justamente convertí el agua en vino porque estábamos en una fiesta y se acabó el vino. También multipliqué panes y peces para compartir con la gente. Mis enseñanzas fueron de amor y optimismo. Lee *“El sermón de la montaña”*.

—Qué bueno escuchárselo de su propia boca porque, como le digo, aquí usted es el mártir que murió para llevarse todos nuestros pecados y salvarnos.

—A propósito de lo que dices, recuerdo cuando llegó al cielo un poeta andaluz, un sevillano, Antonio Machado, lo conoces me imagino.

—Sí, claro.

—Bueno, él me decía *“No quiero cantar ni puedo a ese Jesús del madero sino al que anduvo en la mar”*

—Sí, la conozco, se llama *“La saeta”*. Serrat la musicalizó y la canta. Muy bonita. Precisamente, de eso estoy hablando.

—Por supuesto, con ese me identifico y no con el crucificado. Mira, en Junín de los Andes, en Argentina, hicieron un Vía Christi, y no un Vía Crucis, con un Jesús sin sufrimientos ni dramas que me representa totalmente.

—¡Verdad!, una amiga mía que fue me lo comentó.

—Ese en realidad soy yo. Una persona viva, amante de la vida, siempre sonriente y de buen humor.

—Cuánto me alegro de escucharlo. Porque por estas fechas aparece el calvario y ese terrible castigo y suplicio de la crucifixión que es lo que más conmueve a la gente.

—Pero eso es absurdo. No fue una muerte especial para mí. Los romanos crucificaron a miles de personas, era la forma de matar que tenían. Los judíos lapidaban, era mucho peor. Incluso a Pedro lo crucificaron boca abajo. Más aún, yo

estaba entre dos ladrones también crucificados. Y mi muerte fue rápida, otros duraban días crucificados. Y después, la muerte de los cristianos en el Circo romano, se los comían los leones, imagínate. Y bueno, posteriormente, inventaron muertes terribles.

—Sí, claro, en torturas, las hogueras de la Inquisición.

—Exactamente. Pero, mira en lo que estamos, me hiciste reír y ahora estamos hablando de tragedias.

—Es verdad.

Seguimos caminando y conversando un buen rato hasta que nos cansamos.

Nos sentamos y apareció de nuevo la geometría y con un palito dibujando en la arena revisamos la demostración del Teorema de Pitágoras hecha por Euclides.

Hasta que llegó la hora de irse.

—¿Y cómo se va a ir ahora mar adentro?

—Me voy en windsurf —dijo— y recogió un cochayuyo, lo metió por una manga de la túnica y lo sacó por la otra, luego pasó un extremo del cochayuyo por la axila y se lo amarró al hombro y la otra punta a la rodilla y, así, se fabricó su vela.

—No sólo aprendió carpintería parece —le comenté riendo.

—Bueno, no quedó muy bien, pero igual sirve.

—Qué suerte haberlo encontrado.

—Ya sabes, vengo a esta playa martes y jueves de nueve y media a once y media.

—Aquí voy a estar esperándolo.

—Nos vemos el martes entonces. Ahora me voy. Fue un gusto. Chao.

Y partió en su windsurf. Lo quedé mirando hasta que se perdió en el horizonte.

Me quedé ahí... ensoñando. Pensé, lo voy a escribir como una fantasía, porque si cuento la verdad nadie me va a creer.

(El martes traigo el celular y me saco una selfi con él).